

Diversos niveles de análisis grupal en una sesión terapéutica. Un ejemplo clínico

Dr. Jorge Sánchez Escárcega*

Universidad Intercontinental. Ciudad de México

RESUMEN. El autor presenta una sesión psicoanalítica de grupo llevada a cabo en la clínica de la Asociación Mexicana de Psicoterapia Analítica de Grupo, A.C., en la cual identifica los diversos niveles de interpretación que pueden considerarse en ella: nivel institucional, nivel organizacional, nivel grupal y nivel individual.

Palabras clave: psicoanálisis, terapia de grupo.

El objeto del presente trabajo es presentar una articulación de los conceptos de institución, organización, grupo e individuo a través del análisis de una sesión de grupo terapéutico. Para ello se recurrirá a algunas ideas desarrolladas tanto por S. H. Foulkes³ como por Isidoro Shvarstein.¹⁰ Dicha caracterización parte del supuesto de que el análisis de grupo abarca en su totalidad el campo de la dinámica mental, ya sea que ésta pueda estudiarse mejor en una situación individual o de grupo. De hecho, se propone un orden inclusivo: lo comunitario incluye lo institucional, que a su vez incluye lo grupal y que a su vez incluye lo individual.¹¹ El grupo, y en un principio la comunidad, su cohesión y las tendencias que lo mueven, representan elementos primarios que no se pueden explicar en términos de las interacciones que se efectúan entre los individuos. Un principio que se puede ilustrar y respaldar mediante observaciones en los grupos terapéuticos, es que cualquier evento, aunque aparentemente restringido a uno o dos participantes, en realidad implica a todo el grupo. Estos eventos forman parte de una gestalt, es decir, configuración, de la cual ellos constituyen las “figuras” (el primer plano), mientras que el fondo (el plano posterior), lo constituye el resto del grupo.⁴

La existencia de fuerzas interactivas en grupo e instituciones es un hecho básico, que se aplica también en los grupos terapéuticos. Cualquier otra cosa que podamos encontrar en un grupo, nunca encontraremos que la gente pueda ignorar la situación grupal. Esta es una expresión de la naturaleza básicamente social de los seres humanos. Primariamente, el hombre es un ser social, una partícula de un grupo.

SUMMARY. The autor presents a group of psychoanalytic session which was held at the Asociación Mexicana de Psicoterapia Analítica de Grupo, A.C., in which he identifies the different levels of analysis that can be observed on, which were institutional, organizational, groupal and individual.

Key words: psychoanalysis, group therapy.

Su posibilidad evidente de vivir como un “individuo” aislado es el resultado de desarrollos posteriores más complejos.⁵

El análisis de las relaciones que se establecen en un grupo psicoterapéutico no es fácil ni lineal. Dichos grupos se encuentran atravesados por fenómenos que atañen tanto al ámbito de las organizaciones y las instituciones, como, *hacia adentro*, por manifestaciones propias de los individuos y su psiquismo. A esto deben agregarse consideraciones de orden temporal (diacronía y sincronía), así como aspectos espaciales (geográficos) del grupo en el momento del análisis.

En este sentido, las *organizaciones* son el sustento material de las *instituciones*, el lugar donde éstas se materializan y desde donde tienen efectos productores sobre los individuos, operando tanto sobre sus condiciones materiales de existencia como incidiendo en la construcción de su mundo interno.⁶ Una organización psicoanalítica es, así, el lugar “virtual” donde teóricamente se materializa una parte de la *institución salud*, pero también, como *unidad compuesta*, sirve como vehículo de expresión de otras instituciones menos conspicuas: institución economía, institución educación, etc., con valores que atañen, por ejemplo, a la jerarquía social profesional e, incluso, a las relaciones hombre-mujer. Las organizaciones psicoanalíticas, desde este punto de vista, no pueden escapar a su papel de mediatizadoras entre las instituciones y los sujetos.

Podemos decir, entonces, junto con Schvarstein,⁷ que los fenómenos grupales no son sólo resultado de la dinámica interna de los grupos, sino que las instituciones que los atraviesan y la organización en la que existen son también determinantes de las relaciones que los constituyen.

A su vez, por grupo entendemos:

“Un conjunto restringido de personas que, ligadas por constantes de tiempo y espacio y articuladas por su mutua representación interna, se proponen en forma explícita o implícita una tarea que constituye su finalidad, interactuando a través de complejos mecanismos de asunción y adjudicación de roles”.⁹

* Asociación Mexicana de Psicoterapia Psicoanalítica, A.C.; Asociación Mexicana de Psicoterapia Analítica de Grupo, A.C.; Universidad Intercontinental; Editor de la revista *Imagen Psicoanalítica*.

Son, entonces, una tarea común y un proceso de *internalización recíproca* que permite a cada miembro obtener una representación de sí mismo y de los otros en una estructura, los principios organizadores del grupo y del vínculo que une a sus miembros.¹²

Ejemplo clínico

Se presenta a continuación el relato detallado de una sesión de grupo terapéutico. En específico, se trata de un grupo de la Clínica de la Asociación Mexicana de Psicoterapia Analítica de Grupo, A.C. (AMPAG), coordinado por una pareja de co-terapeutas hombre y mujer. La sesión ocurre aproximadamente a los 10 meses de haberse iniciado el tratamiento y en un momento particular del proceso analítico. La característica más importante es que sólo hasta este momento el grupo ha podido “integrarse” con los que parecen ser sus miembros definitivos. Esta es de hecho una situación típica en esta clase de grupos institucionalizados, en los que las deserciones son frecuentes, dada la dificultad para seleccionar apropiadamente a los integrantes. En otras palabras, el proceso regresivo y de interacción –y el proceso analítico en sí mismo– se ven relativamente impedidos en tanto los miembros participantes mantienen involuntariamente un intermitente nivel defensivo o de poca o cuidadosa “apertura” ante compañeros que por su nivel de compromiso o problemática y estilos de personalidad, no son experimentados como adecuados “depositarios” inconscientes.

Por consideraciones de espacio no me detendré en los detalles particulares de la vida de los pacientes o las dificultades que los motivaron a buscar ayuda profesional; en general no son relevantes para los propósitos de este trabajo o pueden inferirse de la misma sesión que se relata. Baste decir, quizás, que en las últimas sesiones han surgido fricciones entre Martha y Ximena, las cuales en su momento han sido pertinentemente interpretadas a partir de sus elementos transferenciales. Dichas fricciones, por supuesto, han movido dinámicas y fantasías en el resto de los compañeros.

Con estos antecedentes pasaré, pues, a la transcripción prácticamente textual de la sesión en cuestión.

La sesión comienza “extra-oficialmente” (Freud) con la pregunta de Darío a la terapeuta respecto a si es casada. Esta le contesta qué se imagina. Darío dice que cree que sí. La terapeuta le pregunta qué piensa del terapeuta varón. Cree que también es casado: “Tiene cara de casado”. Hace algún comentario respecto a que ninguno de los dos usa sortija de compromiso (a pesar de que el terapeuta varón sí lo hace). Poco a poco van llegando los miembros del grupo. Clara comienza la sesión “oficial” diciendo que tiene problemas “ahora sí buenos”. Relata que están a punto de clausurarles la construcción que empezó Jesús (su pareja). El decidió comenzar sin permiso, arriesgándose a que lo detectaran. La opción que tenía era pagar un soborno, pero Jesús no quería hacerlo. Relata Clara cómo Jesús ha estado de muy mal humor. Le dijeron que si había alguien habitando el lugar no podían clausurarlo, entonces se dedicó toda la tarde y noche a vaciar el cuarto de arriba para hacerlo parecer habitado.

También fue el Día del Padre. Ella fue a visitar a su papá, pero francamente se sintió sumamente aburrida. Sentía que no tenía un lugar en esa casa. El grupo le pregunta por qué. Ella responde que no tiene tema de conversación con sus cuñadas, son bastante convencionales, bastante aburridas. Estuvieron ahí sentados, “Me dio flojera”. Además, su papá eventualmente se subió sigilosamente como siempre lo ha hecho, entonces se quedó platicando con las cuñadas y los hermanos, aburrida de todo. Sin embargo, pensó que “que así eran las cosas y que tenía que ser tolerante. Que cada uno era diferente y pues ni modo”.

Menciona que ha estado sintiéndose alejada de todos: sus hermanos, su papá, Jesús. Se ha dedicado más bien a dar sus clases. Con Jesús tuvo una discusión. Mientras estaba él tratando de arreglar el cuarto de arriba, arrojó unos polines y casi golpea al perro de Clara que se había escapado mientras lo bañaba. Jesús le gritó: “¡Fíjate, nada más estás haciendo estupideces!”. Ella se sintió muy lastimada, guardó al perro y se fue a otro lugar, tratando de no deprimirse.

Menciona que Jesús pudo también aplastar a sus gallos. Ximena le pregunta sorprendida que si tiene gallos de pelea. “De todo tipo. Antes tenía más pero se me fueron muriendo. O más bien los mataron”. Cuenta cómo sus cinco gallos de pelea fueron amaneciendo destrozados. Pensó que los perros los habían atacado, por lo que los regañaba cada vez más fuerte, hasta que un día se dieron cuenta de que había dos águilas cerca. Ella quiso llamar al zoológico para que vinieran a recogerlas, pero algunos vecinos decidieron que mejor debían matarlas con un rifle. A Clara esto le pareció terrible y cruel (Ximena la apoya y ambas comentan lo ignorante y despiadada que puede ser la gente). Martha interviene: “Ay, pues yo sí hubiera comprado el rifle. Imagínate: tener dos águilas así sueltas, sin saber qué te pueden hacer. ¿O qué a ti no te importó que se comieran a tus gallos?”. Clara y Ximena reaccionan (sobre todo la última), parecían estar esperando esa oportunidad. Clara dice: “Pero qué te pueden hacer? Son animales, atacaron porque tenían hambre. Si no no lo hubieran hecho. ¿Qué podían hacer si nadie les da de comer? Además, ni modo que fueran a atacar a un humano? Martha responde: “Pero ¿tú qué sabes? ¿No dices que por hambre sí atacan? ¿No se comieron a tus gallos?”.

Se establece una discusión aparentemente trivial donde Martha se coloca en un lado y Clara y Ximena en el otro. Clara habla desde “la experta” en animales. Ximena la apoya, en plano un tanto confrontativo con Martha (con la que frecuentemente tiene discusiones), se dirige a Clara haciendo afirmaciones que en realidad son indirectas a Martha. En un momento dado Darío interviene del lado de Clara y Ximena. Lo hace como acostumbra hacerlo: tomando el rol de experto, del maestro, del documentado: “Tendemos a creer que porque es salvaje es peligroso. Por ejemplo los lobos. Siempre aparecen en todos los relatos como los malos (Caperucita Roja, relatos de aventuras, etc.), sin embargo, en toda la historia de la biología nunca ha habido un solo reporte de lobos que hayan atacado sin motivo. De hecho sólo hay dos animales que son capaces de atacar al hombre sin motivo: el oso blanco y el tigre de Bengala”. Martha contraargumenta que los tiburones sí ata-

can. Darío y los demás dicen que sólo cuando tienen hambre o están cebados. “¡Ah bueno! ¿Y entonces eso no es un ataque?”, contesta Martha con su tono característico, confrontándose cada vez más con el subgrupo Clara-Ximena-Darío.

Darío relata dos experiencias con animales salvajes. En una, cuando niño, se encontró una víbora de cascabel. Estaba dormida y llena, probablemente acababa de comerse a alguna presa. El, sin embargo, junto con algunos amigos, la mató a palos: “No nos había hecho nada, pero nos sentimos amenazados”. La otra experiencia fue un día de excursionismo, cuando trepando por un cerro, al doblar un peñasco, se encontró frente a frente con un puma. El se quedó paralizado de terror, pero el puma salió huyendo despavorido. “No estamos acostumbrados a convivir con los animales, él me tenía más miedo a mí que yo a él. Estamos acostumbrados a equiparar salvaje con peligroso, y no estamos acostumbrados a convivir con animales que no son domésticos”. Martha sigue haciendo comentarios confrontativos: “Ay, pues si yo hubiera estado ahí, no me hubiera puesto a tratar de averiguar si el puma me tenía miedo a mí o yo a él”. Clara trae a colación a su boa, cómo ésta es totalmente inofensiva pero la gente le tiene miedo. De hecho, es más probable que la gente le pueda llegar a hacer daño a ella, y no al revés. Por eso tiene que estarla cuidando constantemente. El grupo, intrigado, asombrado y divertido, le pregunta cómo es que tiene una boa (algunos de ellos lo desconocen porque Clara lo relató muy al principio de la terapia). Cuenta cómo fue que se la regalaron a Jesús, etc. Martha, horrorizada (o así trata de aparentarlo) parece querer hacer sentir a Clara como “una inconsciente”, que tiene un “monstruo” en su casa (“¿Pero y si mata a un bebé, si lo estrangula? Se tiene que saber mucho de boas, yo creo...”). Ximena le contesta indirectamente a Martha, dirigiéndose a Clara: “Bueno, tú sabes mucho de boas ¿no?”. Es evidente que el enojo de las sesiones pasadas, entre Ximena y Martha, continúa. Clara intenta argumentar a Martha en el sentido de que lo que ella dice es imposible, que más habría que temer por la boa, que hasta un niño podría matarla de un pisotón pensando que es peligrosa.

En otro momento aparece el relato de cómo Clara le tiene que comprar semanalmente un ratón a su boa. El grupo le hace preguntas respecto a dónde lo compra, si se lo tiene que dar vivo, etc. Clara contesta, relata cómo lo llevaba en una bolsa y el ratón se le escapó en el supermercado, de pronto lo tenía encima, subiéndosele por la blusa. Fue un gran escándalo, todas las señoras gritando y corriendo. Ximena ríe, imita con desprecio y burla a las señoras asustadas. Martha hace aspavientos, continúa con sus “moralismos” (como en un momento alguien les llama). Clara hace referencia a un sueño que alguna vez tuvo: “Yo creo que los ratones dan miedo porque son como los penes: se te pueden meter por algún hoyo y ya no los sacas”. Refiere ahora la situación de sus gatos, cómo algunos han llegado lastimados, heridos por los vecinos. A uno de ellos hubo que operarlo porque tenía un gran boquete en la piel. Ximena dice: “Eso es fácil: agarras al gato, lo volteas, le echas un chorro de agua oxigenada y aunque grite”.

Roberto comenta que a él le gusta la cacería, “pero sólo mata lo que se va a comer”. Ximena recuerda a su vez una experien-

cia que tuvo en Chiapas. Estaba en una tienda de campaña y en la noche “circulaban” por todos lados arañas, insectos, etc. En realidad —pensó— todo eso era natural, pero como ciudadina no estaba acostumbrada a convivir con animales “a los que normalmente se nos enseña a detestar o desear eliminar”.

Esta conversación ha consumido buena parte de la sesión. El terapeuta pregunta al grupo por qué habrá “prendido” tanto el tema de los animales. Ximena responde que el tema confronta con cómo se relaciona cada uno con la naturaleza. El terapeuta interpreta que en su opinión más bien parece que en el fondo están hablando de ellos mismos después de los enojos de las últimas sesiones: “Hablan de los animales, de cómo tratarlos, de cuáles son peligrosos y si hay que tenerles miedo; en fin, de cómo se convive con ‘animales salvajes y extraños’”. Ahora que está todo el grupo reunido comienzan a preguntarse eso”. Agrega que al mismo tiempo, a través del tema de los animales, cada quien está mostrando al grupo su propio estilo de personalidad, intentan hacerle ver a los demás el rol que juegan aquí: Clara, protectora y con necesidad de ser entendida y “apapachada”; Ximena, con su estilo desafiante y directo (“le echas agua oxigenada y aunque grite”); Darío, siempre aportando datos, desde el rol del experto que opina y enseña, pero a la vez defendiéndose desde ese mismo rol; Martha, particularmente, provocando una discusión en donde ella se queda con “los moralismos”, “la sensatez”, “la razón por encima de la pasión”, y provocando que sean los otros los que asuman el papel de “insensatos”, “pasionales”, “agresivos”, “sexuales”, etc. (La terapeuta le recuerda cómo lo mismo hace cuando se habla de temas sexuales). Martha lo niega un poco. Darío y Clara le dicen que sí lo hace, que incluso por momentos algunos miembros trataban de cambiar de tema pero ella regresaba a los animales, confrontándolos y haciéndolos sentir inadecuados. Se le señala, por último, a Javier y Tamara cómo también ellos, desde su permanente silencio, establecen un rol haciendo que los demás hablen por ellos.

Roberto interviene diciendo que él trae un tema del cual quiere hablar: “Es también sobre animales, pero de otro tipo”. Relata cómo casi no llega hoy a sesión porque por todos lados los granaderos tenían cerradas las calles. Se queja del abuso y la injusticia de policías, etc. Agrega que en realidad de lo que quiere quejarse es de que la secretaria de la institución le dijo el otro día que debía una sesión a la cual él no había asistido. Esto le pareció totalmente injusto, que se le cobre si por un imponderable él no puede llegar. El no viene al grupo obligado, lo hace porque quiere, por eso le parece que es como un castigo que se le cobre. Habla de una “falta de ética profesional” por parte de AMPAG, porque, por ejemplo, si a él un cliente le cancela, él no le puede cobrar el servicio: “Me tengo que aguantar y ni modo, regreso otro día”. La terapeuta le pregunta si no le advirtieron en el grupo RED que ésas eran las reglas del tratamiento. Roberto dice que no. Algunos miembros le señalan que eso es imposible, pero que además en la ventanilla donde se paga hay un letrero muy claro al respecto. Roberto afirma que él no lo ha visto. La terapeuta le pregunta por qué no habrá querido enterarse al igual que los demás. Roberto dice que probablemente fue porque al grupo RED

llegó tarde. Se le dice que normalmente esa instrucción se da al final. Los demás miembros afirman que ellos sí lo oyeron. Roberto dice que de todas formas no le parece, que en todo caso esa obligación debería ser para Javier y Tamara, “que nada más vienen y escuchan”, pero él, que sí se interesa y participa, no debería ser tratado igual. La terapeuta le señala que quizás le pasa aquí como en su casa, donde quiere que se le trate excepcionalmente, sin exigencias, y que por eso –consecuentemente– luego siente que no tiene un lugar; aquí en el grupo así actúa. Clara le recuerda cómo quiere tener control sobre su mujer, que ella no salga al super o lleve a los hijos a ver al abuelo sólo porque a él no le gusta, pero a la vez él sí puede ir a donde quiera. Roberto contesta que lo hace por temor a los secuestros. Ximena le argumenta extensamente que no puede vivir con ese miedo, le señala con estadísticas qué tipo de personas son normalmente secuestradas, y que si su mujer no tiene “apariencia de rica” es posible que nadie se fije en ella. Roberto esgrime argumentos en el sentido de que no importa la apariencia de su mujer sino el dinero del suegro. Clara le dice que todo –absolutamente todo– lo ve en función de dinero. El terapeuta le señala que independientemente de la validez de sus temores, él no puede ver que tiene un lugar en el grupo, un lugar por el que él paga, que si él falta su lugar sigue ahí, que el grupo y la institución lo siguen tomando en cuenta a pesar de que no esté presente. La terapeuta le señala que aquí, al igual que en su casa, parece estar dispuesto a perder su lugar, a no incluirse con el resto con tal de no gastar. Todo esto tiene que ver con su sentido de pertenencia y cómo él mismo se excluye de todos lados, no se hace partícipe, no se involucra. En su casa no se involucra como jefe de familia, no le da dinero a su esposa y aún así quiere que ella lo respete como jefe de familia: quiere que sus hijos y su mujer lo respeten incondicionalmente, pero sin exigirle ni demandarle nada a cambio. La sesión llega a su fin y el grupo se despide.

Interpretación

Niveles de análisis. Varios atravesamientos pueden encontrarse en esta sesión en el sentido de la dialéctica individuo-sociedad, individuo-grupo, grupo-organización, organización-institución, etc. En primer lugar, en el nivel “más bajo” (o “interno”), destaca la función de rol individual que cada uno de los integrantes juega –con base en su historia personal– en el grupo.

Así, tal como fue señalado en una de las interpretaciones, cada uno de los pacientes intenta establecer para, o ante los demás, una postura, una “posición” respecto a la manera en que desea ser percibido por el grupo, su rol grupal: Clara obtiene la atención que necesita, opera como “la buena chica con buenos sentimientos”, sensible e hiper-emotiva, deseosa de ser aprobada y “perdonada” por el grupo. Tal vez por eso se ha unido tanto a Darío, el compañero que casi pide a gritos que lo vean como padre, que le permitan cuidar, educar y aleccionar a alguien más para no tener que pedirlo para sí mismo. Martha, por su parte, establece claramente su papel fóbico: el cuerpo, lo animal, lo “salvaje” no está en ella, está

en los demás, a quienes vuelve depositarios de esa parte negada. Ximena es otro caso. No hay oportunidad que ella desaproveche para hacer ver al grupo su posición desafiante, confrontativa, escandalizante. Ella, la misma que provoca sexualmente a compañeros de trabajo o se divierte ruborizando al grupo con sus relatos, la que jamás ha dado un paso atrás ante una autoridad que la confronta, en el grupo ha dejado ver muy claramente quién es y qué le pasa al que se mete con ella. También está Roberto, el compañero que pide al grupo, a la institución, a los terapeutas y a su propia familia que le den el trato excepcional que en su infancia nunca tuvo. Aquí las reglas de pago deben ser para otros, los malos hermanos flojos que no hablan, no para él que sí cumple sesión con sesión como un buen chico. Y también, por último, están Tamara y Javier, los compañeros más pasivos y silenciosos del grupo. La primera por razones parecidas a las de Ximena, es decir, porque para ella no hay autoridad que valga, y el grupo es una gran autoridad a la que desprecia con su mutismo; Javier, el más silencioso de todos, torturador infantil de animales, *taekwandoni* agresivísimo que en los torneos nunca busca anotar un punto sino lastimar a su oponente, no se atreve a hablar o moverse porque está tan cargado de rabia que si lo hace corre el riesgo de desbordarse.

Cada uno actúa su rol, lo establece cuidadosamente en el grupo. Ese rol tiene eminentemente un carácter defensivo; es una formación de compromiso entre su historia pasada y su realidad presente; no sólo en el sentido de lo transferencial, sino en términos de una mediación entre el mundo de relaciones objetales internalizadas y el mundo externo, entre su grupo interno y su grupo externo.^{2,8}

Esta dimensión personal, histórica de cada uno de los miembros, se imbrinca con otro nivel de análisis, el del grupo propiamente dicho. En la sesión transcrita no sólo se pueden ver las alianzas y rivalidades, los subgrupos de ataque, dependencia, exclusión, sino también las fantasías primordiales grupales de todo tipo: ¿serán casados los terapeutas? ¿tienen sexualidad? ¿estarán casados entre ellos? ¿están libres para fantasear con ellos?, en última instancia, ¿cuál es el origen de este grupo, quién posee la sexualidad y cuáles son los peligros que ésta acarrea? Asimismo las transferencias laterales se imponen constantemente (¿son peligrosos los compañeros? ¿son hermanos insoportables y aburridos como los de Clara? ¿debo temerles?). El grupo por momentos pierde el rumbo y se instala en diferentes supuestos básicos (“Tal vez la AMPAG sea una gran madre que premie a los buenos pacientes sólo por el mero hecho de asistir, sin pedirles nada más a cambio”; “El grupo tal vez pueda resolver sus diferencias internas si logramos unirnos todos, a través de la preocupación ‘ecológica’ por el bienestar de los animales, en contra de los asesinos de águilas, boas, etc., aquéllos que no pueden entender que son –somos– inofensivos”).

Y si el nivel grupal se hace tan obvio en esta sesión, es lógico suponer que en un grupo terapéutico de esta clase, promovido y administrado por una asociación como la AMPAG, el atravesamiento organizacional necesariamente será poderoso. En un sentido estructural, no sólo la clínica y los terapeutas pertenecen a una parte de la organización, es decir a

una rama de su organigrama, sino los pacientes mismos. Esta pertenencia impone y distribuye roles organizacionales (tales como los de “equipo de terapeutas”, “personal administrativo de la clínica” o “grupo de pacientes”), y también establece procedimientos y prácticas referidos a la forma de ingreso a la clínica, la regularidad y monto del pago, las consecuencias de las faltas, etc. Además, debe recordarse que el equipo de coterapeutas no sólo es dependiente de (y por lo tanto determinado por) la administración de la clínica y sus prácticas o reglamentos (horarios establecidos, porcentaje de los honorarios devengados, entrega de hoja de seguimiento, etc.), sino que al mismo tiempo funge como dependiente del aparato educativo o didáctico de la asociación (proyecto de coterapia docente, práctica clínica incluida en la currícula de formación). Todo este orden se sustenta en una lógica central, una creencia rectora (en realidad varias), entre las que destacaría la que Shvarstein¹³ llamaría racionalidad técnica, es decir, el reconocimiento de que la organización encuentra uno de sus principales motivos de existencia en la generación de modos tecnológicos de producción de bienes no materiales, intangibles (una técnica terapéutica para el tratamiento de padecimientos o enfermedades mentales). Sin embargo, debe apuntarse la permanente ansiedad y confusión en el seno de la organización, surgidas de la dificultad para esclarecer totalmente sus fines latentes, específicamente los que se relacionan con otras dos racionalidades: la económica (la organización como proveedora material para sus miembros) y la política (la organización al servicio de intereses de grupos de poder y de dominio).

Y si las *organizaciones* son el sustento material de las *instituciones*, el lugar donde éstas se materializan y desde donde tienen efectos productores sobre los individuos, debemos entonces considerar la manera en que la dimensión institucional participa en los fenómenos clínicos del grupo en cuestión, sea por vía directa –en tanto atraviesa a todos los participantes–, sea por vía indirecta, a través la organización, en tanto ésta materializa a la *institución salud* en nuestra sociedad. Diversos valores institucionales están constantemente implicados en el discurso del grupo: la familia, la pareja, el Día del Padre, la protección de la naturaleza (piénsese, por ejemplo, que en otra cultura, en otro momento de la historia o en otra latitud geográfica, el valor instituido hubiera sido tomar –como lo sugiere Martha– un rifle y matar de una vez por todas a esas águilas: el dominio del hombre sobre la naturaleza, el desarrollo tecnológico y urbano como institución suprema).

Una institución es un nivel de la realidad social que define cuanto está establecido. Se trata de los cuerpos normativos jurídico-culturales que se componen de ideas, valores, creencias y leyes que determinan las formas de intercambio social (Ibid.). Condiciona a su vez roles institucionales (por ejemplo, “psicoanalista” y “paciente”), prescribe modos de relación instituidos (un paciente que acude a que “lo curen”, y que inicialmente o durante un buen tiempo pretenderá que ésa es la forma de participar en su tratamiento) y, por último, un medio para hacerlo (“tratamiento psicoanalítico grupal”). No menos importante es el valor de la institución *economía* en estas relaciones (a quién se paga, por qué se paga, cuánto se paga).

Por cierto, una parte de la dificultad de interpretar en esta sesión en el nivel del conflicto intrapsíquico, está justamente dada por la utilización de ideas y prácticas instituidas socialmente, y que bajo la lógica de que “la mayoría no puede estar equivocada”, son utilizadas como racionalización o continente receptor de las ansiedades esquizoparanoideas del grupo (concretamente a través de Roberto, en el control y sometimiento obsesivo que establece sobre su esposa, justificándolo como temor a los secuestros).

Debo enfatizar el hecho de que muchas otras instituciones están implicadas en las dinámicas y discurso de este grupo: el ejercicio de la sexualidad (abierta o encubierta, actuada o negada, exhibida o disfrazada), el valor de la pareja (¿por qué un anillo significa “pareja” o “sexualidad”?), ¿por qué el grupo –y los terapeutas– asumen que Martha debe tener una?, las relaciones jurídico-administrativas (legalidad vs. soborno; policías y granaderos como representantes de la autoridad gubernamental impositiva; el zoológico como madre que jamás desampara a sus hijos), los usos socialmente instituidos de intercambio y comunicación (la “propiedad” en el habla, la “cortesía” que obliga a que otros hablen primero), etc.

Conclusión

He intentado mostrar, a través del relato de una sesión de un grupo terapéutico, los diferentes niveles de análisis –o lecturas– que se pueden realizar en éste: Desde lo intrapsíquico individual, hasta lo institucional cultural, pasando por lo grupal y organizacional. En ningún momento debe suponerse que estos niveles de análisis son independientes unos de otros. Antes bien, todos operan en forma global, dialéctica –o para decirlo en términos de Foulkes, en una gestalt en la cual se enfatiza o se aísla un elemento, permaneciendo el resto a la manera del “coro griego”, en el trasfondo o en la penumbra, pero no por ello con menos influencia en la determinación del fenómeno grupal en cuestión. Ciertamente es difícil pensar que todos ellos puedan ser analizados al mismo tiempo o en su totalidad, pero al menos deberían estar presentes en la mente del analista de grupos.

Referencias

1. Asociación Mexicana de Psicoterapia Psicoanalítica, A.C.; Asociación Mexicana de Psicoterapia Analítica de Grupo, A.C.; Universidad Intercontinental; Editor de la revista *Imagen Psicoanalítica*.
2. Bernard M. La organización del grupo. En: Bernard M, Edelman L, Kordon D, L’Hoste M, Segoviano M y Cao M. Desarrollo sobre grupalidad. Una perspectiva psicoanalítica. Buenos Aires: Lugar Editorial, 1995.
3. Foulkes SH. Group-analytic dynamics with specific reference to psychoanalytic concepts. *International Journal of Group Psychotherapy* 1957; 7: 40-52.
4. Foulkes SH. (1957) *op. cit.*
5. Foulkes SH, Anthony EJ. Psicoterapia psicoanalítica de grupo. Buenos Aires: Paidós, 1964: 203.
6. *Op. cit.*
7. *Ibid.*
8. Kaës R. El grupo y el sujeto del grupo. Buenos Aires: Amorrortu, 1995.
9. Pichon Rivière E. El proceso grupal. Buenos Aires: Nueva Visión, 1995.
10. Shvarstein I. Psicología social de las organizaciones. Buenos Aires: Paidós, 1992.
11. *Ibid.*
12. Shvarstein I. 1992, *op. cit.*
13. Shvarstein I. 1992, *op. cit.*